CAPÍTULO I.

El contraste.

Mirad estos retratos; viva imagen,
fiel representación de dos hermanos.
Hamlet.

El fin del siglo XV señala el punto de partida de una serie de acontecimientos que acabaron por encumbrar la Francia á un grado de poderío tan formidable, que desde entonces no ha cesado un punto de ser el blanco predilecto de la envidia de las demás naciones europeas. Antes de esa época, al luchar contra los ingleses, enseñoreados de sus mejores provincias, tenía empeñada en la lucha su propia existencia, y todas las proezas de su rey y todo el denuedo de sus hijos apenas si bastaron á preservar el resto de la nación del yugo extranjero. Y no era este el único peligro que la amenazaba. Los príncipes que poseian los grandes feudos de la corona y, en especial, los duques de Borgoña y de Bretaña, habían llegado á adelgazar de tal manera los vínculos feudales que, al más frívolo pretexto, no tenían empacho en levantar pendón contra el rey de Francia, su soberano y señor. En tiempo de paz reinaban en sus dominios con independencia absoluta, y la casa de Borgoña, señora de la tierra de este nombre y de la más bella y rica porción de Flandes, era tan poderosa y opulenta de suyo, que no cedía en fuerza ni esplendor á la misma casa real.

Á imitación de los grandes feudatarios, arrogábanse los vasallos inferiores de la corona toda la independencia que les consentía su lejanía del poder central, la extensión de su feudo ó la fortaleza de su castillo, y, seguros de que la ley no había de alcanzarles, todos esos tiranuelos se entregaban im-

punemente á los más horribles excesos y antojos de opresión y crueldad. Solamente en Auvernia se contaban más de trescientos de estos nobles independientes, para quienes el incesto, el asesinato y el robo eran crímenes habituales y familiares.

Á estos males vino á agregarse otro, nacido de las prolongadas guerras entre Inglaterra y Francia, que aumentó en no pequeña parte las desdichas de esta nación perturbada. De la escoria de los demás paises habíanse formado en diversas partes de Francia numerosas gavillas de soldados que elegían sus capitanes de entre los aventureros más afortunados y valientes. Estos mercenarios vendían su espada por un tiempo determinado al mejor postor, y cuando no hallaban ocupación, guerreaban por su propia cuenta, rindiendo castillos y fortalezas para convertirlos en casas de refugio, haciendo prisioneros, exigiendo rescates, imponiendo tributos á las aldeas no fortificadas, saqueando sus alrededores y justificando, en una palabra, á fuerza de rapiñas, los epitetos de *Tondeurs* y *Écorcheurs*, ó sea *Trasquiladores* y *Desolladores*, que se les daba generalmente.

En medio de los horrores y miserias que engendraba esa perturbación en la cosa pública, hacíase gala en la corte de grandes y príncipes de una prodigalidad desenfrenada, que imitaban sus subalternos derrochando con ruda, aunque magnífica ostentación, las riquezas arrancadas al pueblo. Cierta galantería romántica y caballeresca, que á menudo sin embargo degeneraba en licencia, caracterizaba las relaciones entre ambos sexos; el vocabulario de la andante caballería estaba todavía en boga y sus prácticas en vigor, aunque ya no suavizaba y compensaba sus extravagancias el sentimiento puro de amor ideal y de abnegación práctica que ella inspiraba. Las justas y torneos, los banquetes y fiestas que se daban en todas las cortes y cortecillas de Francia, atraían á este país una nube de errantes aventureros, que, al llegar á él, era raro que no hallaran ocasión de emplear su temerario valor y emprendedor esfuerzo en hazañas, para las cuales su patria más dichosa no les dejaba campo libre.

En este tiempo, como para salvar á este hermoso reino de las desventuras sin cuento que le amenazaban, subió á su trono vacilante Luís XI, cuyo carácter, odioso en sí, supo

afrontar, combatir y neutralizar en gran parte las calamidades de la época; no de otra suerte que, según los antiguos libros de medicina, los venenos de cualidades opuestas tienen la propiedad de contrarestarse mútuamente.

Asaz animoso para toda empresa útil ó política, Luís no tenía chispa de ese valor romántico ó de esa arrogancia al mismo aneja, que nos impulsa á combatir por el puntillo de honor cuando ya hemos logrado hace tiempo el fin de utilidad que nos habíamos propuesto. Calmoso, artero y profundamente atento á su interés personal, todo lo sacrificaba, hasta su orgullo y sus pasiones, para no comprometerlo. Cuidaba sobremanera de ocultar á cuantos le rodeaban sus verdaderos sentimientos y propósitos y á menudo se le oyó decir que «no sabía reinar el rey que no supiera disimular y que, en cuanto á él, si llegara á sospechar que su gorro sabía sus secretos, lo arrojaría al fuego.» No hubo en su tiempo ni ha habido en otro alguno quien supiera mejor que él sacar partido de las fragilidades agenas ni evitar que los demás le llevaran la más pequeña ventaja, cediendo él á las suyas fuera de sazón.

Era vengativo y cruel por naturaleza, hasta el punto de complacerse en las frecuentes ejecuciones que ordenaba. Mas, así como ningún asomo de misericordia le indujo nunca á perdonar cuando podía condenar sin temor, jamás el afán de venganza le incitó tampoco á emplear la violencia prematuramente. Rara vez se arrojaba sobre su presa que no la tuviera perfectamente al alcance de sus garras y sin medio alguno de escapar, y disimulaba sus movimientos con tal arte, que su triunfo era por lo común la primera noticia que llegaba al mundo del objeto á cuya obtención había dirigido sus maniobras.

Asimismo la avaricia de Luís cedía el lugar á una aparente liberalidad, cuando le era preciso sobornar al favorito ó ministro de algún príncipe rival, con la mira de conjurar algún ataque inminente ó de deshacer alguna alianza tramada contra él. Amaba la licencia y los placeres, mas ni el amor ni la caza, aunque ambas eran sus pasiones dominantes, le privaron en ninguna ocasión de atender con la mayor puntualidad á los asuntos públicos ó á los negocios de estado. Conocía profundamente el corazón humano, habiéndose amaestrado en su estudio, interviniendo muy á menudo personalmente en

todos los grados de la vida privada; y aunque orgulloso y altanero por temperamento, sentía tal despreocupación por las arbitrarias divisiones sociales que, con maravilla y extrañeza de sus contemporáneos, no vacilaba en confiar los empleos más importantes á hombres de la más humilde condición, escogiéndolos con tal acierto que rara vez se engañó tocante á sus aptitudes.

Sin embargo, el carácter de este hábil y astuto monarca ofrece ciertas contradicciones, pues rara vez en la naturaleza humana hay uniformidad. Siendo él el más falso y solapado de los hombres, algunos de los mayores errores de su vida provinieron de haber tenido una confianza ciega en el honor é integridad de los demás. Las faltas que cometió Luís por tal motivo se explican al parecer por un refinamiento excesivo de su política que le inducía á simular una confianza ilimitada en aquellos á quienes se proponía engañar; pues, por lo demás, en su conducta general, se mostraba tan receloso y suspicaz como el mayor tirano que haya existido en el mundo.

Otros dos rasgos merecen apuntarse todavía para completar el bosquejo del carácter de este monarca formidable, que, entre los rudos y caballerescos príncipes de su tiempo, hace el mismo papel que un domador entre las fieras, quien, á fuerza de tacto y habilidad y repartiéndoles oportunamente, ya comida, ya palos, consigue finalmente dominar á aquellos mismos animales que, en caso contrario, le harían trizas bajo sus garras.

El primero de esos rasgos característicos de Luís XI era una superstición extremada, azote con que aflige el cielo frecuentemente á aquellos que se hacen sordos á la voz de la religión. Jamás intentó Luís aplacar los remordimientos producidos por sus maldades, abandonando sus amaños maquiavélicos; pero en cambio se esforzó, aunque inútilmente, en adormecer y sosegar su atormentada conciencia por medio de prácticas supersticiosas, rigorosas penitencias y profusos donativos á los clérigos. La segunda cualidad de su carácter, con la cual muchas veces se presenta extrañamente enlazada la primera, era su afición á la crápula y al libertinaje. El más discreto, ó por lo menos el más astuto de los soberanos de su época, sentía una verdadera pasión por la vida licenciosa, y á pesar de su claro talento, gustaba de las chanzonetas y equí-

vocos de baja ley, más de lo que hubiera podido creerse á juzgar por otros rasgos de su carácter. Llegó á mezclarse en oscuras intrigas y cómicas aventuras con una facilidad que se compadecía poco con su natural habitualmente suspicaz y receloso, y tenía tan desapoderada afición á esa especie de galantería vulgar, que mandó recopilar cierto número de anécdotas festivas y de color muy subido, formando con ellas una colección bien conocida de los bibliófilos, á cuyos ojos, únicos que pueden mirarla, la edición *auténtica* es de inestimable valor (1).

Por medio del carácter enérgico y prudente, aunque muy poco simpático, de este príncipe, plugo al cielo, que obra así en la tempestad deshecha como en la menuda lluvia, devolver á la gran nación francesa los beneficios del gobierno civil que, al tiempo de su elevación al trono, había perdido casi del todo.

Antes de suceder á su padre, había dado Luís muestra de sus vicios más bien que de su talento. Su primera mujer, Margarita de Escocia, sucumbió «al diente emponzoñado de la calumnia,» en la corte de su marido, que fué el primero en fomentar la murmuración, sin lo cual es bien seguro que nadie osara proferir una sola palabra injuriosa contra esa amabilísima princesa. Había sido hijo ingrato y rebelde, ya conspirando para apoderarse de la persona de su padre, ya alzándose abiertamente en armas contra él. Por la primera de estas faltas fué desterrado al Delfinado, que era su patrimonio, y que gobernó con gran acierto; por la segunda, se le impuso el destierro más absoluto y vióse obligado á recurrir á la merced y casi á la caridad del duque de Borgoña y de su hijo, en cuya corte recibió una hospitalidad, bastante mal correspondida, hasta la muerte de su padre, que tuvo lugar en 1461.

En los mismos albores de su reinado se vió Luís casi aplastado por una liga que formaron contra él los grandes vasallos de su corona, acaudillados por el duque de Borgoña, ó por mejor dicho, por su hijo el conde de Charalois. Levantaron un

(1) Esta *editio princeps*, muy buscada de los inteligentes cuando está bien conservada, se intitula: *Les Cent nouvelles Nouvelles, contenant Cent Histoires Nouveaux, qui sont moult plaisans à raconter en toutes bonnes compagnies par manière de joyeuxeté.—Paris, Antoine Verard.* Sin fecha de año de impresión, en foleo, gótico. —V. De Bure.

29307
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ejército poderoso, bloquearon á París, y al mismo pié de sus murallas dieron una batalla de dudoso éxito, que puso la monarquía francesa al borde de su ruina. Sucede en tales casos que el más sagaz de los dos generales que se disputan el campo de batalla, es quien recoge el verdadero fruto, aunque no el honor militar, de la jornada.

Luís, que en la batalla de Montl'hery había dado grandes pruebas de valor personal, supo con su prudencia sacar tanto partido de su dudoso éxito, cual si hubiera sido para él una victoria completa. Contemporizó hasta que la coalición de sus enemigos quedó rota, y dióse tal maña en sembrar recelos entre aquellos poderosos magnates, que su alianza «del Bien Público» como la llamaban, aunque en realidad tenía por objeto derribar la monarquía francesa y no dejarla subsistir más que de nombre, disolvióse por sí misma y jamás volvió á retoñar con tan terrible empuje. Desde entonces, Luís, sin temor á las agresiones de Inglaterra, desgarrada por las guerras civiles de York y de Lancaster, consagróse durante muchos años, á guisa de médico experto, aunque insensible, á curar las heridas del cuerpo político, ó por mejor decir, á contener, ya con remedios suaves, ya con el hierro y el fuego, el progreso de la gangrena mortal que le corroía. Ya que extirparlos del todo era empresa imposible, procuró al menos disminuir el *brigandage* de las Compañías Francas y la tiranía hasta entonces impune de la nobleza; y poco á poco, á fuerza de atención y perseverancia, logró ir extendiendo la autoridad real, limitando al propio tiempo la de los que la desconocían.

No por eso, sin embargo, vivía el rey de Francia exento de inquietudes y peligros. Aunque desunidos, los miembros de la liga «del Bien Público» seguían existiendo, y á semejanza de la serpiente, sus trozos podían volver á juntarse otro día y ser nuevamente peligrosos. Sobre todo, dábale que temer el creciente poderío del duque de Borgoña, á la sazón uno de los príncipes más poderosos de Europa y cuya categoría amenguaba apenas la dependencia nominal en que se encontraba aquel ducado para con la corona de Francia.

Carlos, apellidado el *Atrevido*, ó por mejor decir el *Temerario*, por ir su valor acompañado de una impetuosidad frenética, era quien ceñía entonces la corona ducal de Borgoña, ardiendo en deseos de convertirla en corona real é independiente. El carácter de este príncipe era bajo todos conceptos la antítesis completa del de Luís XI.

Este era calmoso, reflexivo y astuto; jamás se empeñaba en empresas desesperadas, pero tampoco abandonaba ninguna que tuviera alguna probabilidad de éxito, por lejana que fuera. El genio del duque era enteramente opuesto: lanzábase al peligro porque lo amaba y á las dificultades porque las despreciaba. Así como Luís nunca sacrificaba su interés á sus pasiones, Carlos, al contrario, no sacrificaba nunca sus pasiones, ni siquiera sus caprichos, á consideración alguna. Á pesar del próximo parentesco que les unía y del apoyo que el duque y su padre habían prestado á Luís en su destierro, cuando era delfín, sólo sentían el uno por el otro odio y desprecio. El duque de Borgoña desdeñaba la política cautelosa del rey y achacaba á cobardía el que se valiera de pactos, indemnizaciones y otros medios indirectos para alcanzar ventajas, que, á encontrarse él en su lugar, arrebatara con la punta de la espada. Le odiaba además, no sólo por la ingratitud con que había pagado sus antiguas bondades y las injurias personales que de él recibiera, cuando, en vida de su padre, los embajadores de Luís le acusaron falsamente, sino también y muy especialmente por el secreto apoyo que daba á los descontentos de Gante, Lieja y otras grandes ciudades de Flandes. Estas ciudades turbulentas, celosas de sus privilegios y orgullosas de sus riquezas, alzábanse con frecuencia en rebelión contra sus señores feudales los duques de Borgoña, y nunca dejaron de hallar favor por bajo mano en la corte de Francia, pues Luís aprovechaba todas las ocasiones posibles para fomentar los disturbios en los dominios de un vasallo que había llegado á ser excesivamente poderoso.

Correspondía Luís á este odio y á este desprecio con no menos energía, si bien con mayor disimulación. Príncipe de tan profunda sagacidad no podía menos de despreciar aquella testaruda obstinación que jamás abandonaba su intento por fatales que pudieran ser las consecuencias de su perseverancia, así como aquella impetuosidad temeraria con que se lanzaba á su propósito sin detenerse un instante á considerar qué obstáculos pudieran oponérsele. No obstante, el rey odiaba á Carlos todavía más de lo que le despreciaba, y

tanto uno como otro sentimiento adquirían mayor intensidad por mezclarse con ellos el miedo, pues no ignoraba Luís que la embestida del toro furioso, con el que comparaba al duque de Borgoña, es siempre formidable, por más que la fiera la dé con los ojos cerrados. Y no le causaba sólo este temor la riqueza de las provincias de Borgoña, la disciplina de sus belicosos habitantes y la masa de su densa población, sino también las cualidades personales de su jefe, que eran un peligro continuo, pues valiente hasta la temeridad, pródigo en sus gastos, espléndido en su corte, en su persona y en su tren y desplegando en todo la suntuosidad tradicional de la casa de Borgoña, Carlos el Temerario atraía á su servicio á todos los genios turbulentos de su época que congeniaban con su propio temperamento y Luís no dejaba de ver muy claro todo lo que podían emprender y realizar tal conjunto de determinados aventureros, acaudillados por un príncipe de carácter tan ingobernable como el de todos ellos.

Otra circunstancia aumentaba todavía la animosidad de Luís contra su prepotente vasallo: debíale favores, á que nunca fué su ánimo corresponder, y veíase obligado frecuentemente á contemporizar con él y hasta á sufrir las explosiones de su petulante insolencia, injuriosas á la dignidad real, sin poder tratarle de otro modo que como á su «buen primo de Borgoña.»

Allá por el año 1468, á pesar de existir entre ambos príncipes una tregua dudosa é insegura, lo que ocurría á menudo, su enemiga estaba en su apogeo: entonces es cuando empieza la presente historia. Pensará alguien tal vez que el primer personaje que aparece en escena ni por su rango ni por su condición exigían una disertación previa sobre la situación relativa de esos dos príncipes; mas las pasiones de los grandes, sus discordias y amistades influyen en la fortuna de cuantos les rodean, y á medida que el lector vaya enterándose de los sucesos, verá que este capítulo preliminar era de todo punto indispensable para la inteligencia de las aventuras que vamos á relatar.

CAPÍTULO II.

El Peregrino.

Ostra es el mundo que mi cuchillo abre.
Antigua canción.

En una deliciosa mañana de estío, á esa hora en que el sol no ha alcanzado todavía toda su fuerza y en que el rocío refresca y embalsama el ambiente, un mancebo, procedente del Nordeste, se aproximó al vado de un riachuelo ó por mejor decir ancho torrente, tributario del Cher, cerca del real castillo de Plessis-les-Tours, cuyas sombrías y multiplicadas almenas sobresalían en lontananza por encima de la espesa selva que le rodeaba. Esos bosques comprendían un *soto noble* ó parque real, cercado por un vallado, llamado en el latín de la edad media *Plexitium*, de cuyo nombre han recibido el de Plessis tantos pueblos de Francia. El castillo y la aldea á que nos referimos llamábanse Plessis-les-Tours, para distinguirse de otros del mismo nombre y se levantaban á unas dos millas al sud de la hermosa capital de la antigua Turena, cuya rica llanura ha recibido el nombre de Jardín de Francia.

En la orilla opuesta á la que iba aproximándose el viajero, dos hombres engolfados al parecer en profunda conversación, de vez en cuando parecían observar sus movimientos, pues como el terreno era allí mucho más elevado le habían podido divisar desde bastante lejos.

El joven viajero aparentaba unos diez y nueve ó veinte años, y aunque su fisonomía y su apostura predisponían en su favor, veíase á la legua que el país en que se encontraba no era el suyo. Su capita gris y sus calzones tenían más as-

pecto flamenco que francés, al paso que su airosa gorra azul, adornada sencillamente con un ramito de acebo y una pluma de águila, descubrían inmediatamente su origen escocés. Su vestido era muy limpio y estaba arreglado con esmero, como de quien sabe que no tiene mala figura. Llevaba á la espalda un saquito, que probablemente contendría los útiles más precisos; en la mano izquierda un guantelete de halconero, aunque no se le veía halcón alguno, y en la derecha un grueso venablo. Colgaba de su hombro izquierdo una banda bordada que sostenía una bolsita de terciopelo carmesí, como las que usaban entonces los cazadores de distinción para poner la comida de los halcones y las demás menudencias propias de un ejercicio tan en boga. Esa banda iba cruzada por una correa de la que colgaba un cuchillo de monte ó *couteau de chasse*. En vez de las botas de la época calzaba borceguíes de piel de gamo á medio curtir.

Aunque no había alcanzado todavía todo su desarrollo, era alto y de buena presencia, y la ligereza de su paso demostraba que el viajar á pié era para él más bien un placer que un cansancio. Tenía el cutis blanco aunque algo curtido, sea por el sol de ese país extranjero, sea tal vez por la exposición constante al aire libre en su tierra natal.

Sus facciones, sin ser enteramente regulares, eran simpáticas y respiraban candor y franqueza. Una media sonrisa, propia del que se siente en el vigor de la edad y libre de cuidados, dejaba ver de vez en cuando sus dientes preciosos y blancos como el marfil: al paso que sus ojos animados y llenos de alegría, miraban cada uno de los objetos en que se fijaban con expresión de buen humor, de bondad expansiva y de pronta resolución.

Recibía y devolvía el saludo de los pocos viajeros que hallaba por el camino en aquellos tiempos peligrosos, del modo que á cada cual correspondía. El paseante de espada al cinto, entre soldado y bandido, medía al mancebo con la vista como si comparara la probabilidad del botín con los azares de una resistencia desesperada, pero leía tales señales de esto último en la intrépida mirada del caminante, que trocaba su infame propósito por un desabrido «buenos días, camarada,» al que el joven escocés contestaba en tono igualmente marcial, aunque menos huraño. El errante peregrino ó el fraile mendicante, respondían á su reverente salutación con un paternal *benedícite;* y la rapaz lugareña de ojos negros volvíase á mirarle más de una vez después de haberse cruzado y cambiado un saludo jovial. En resumen, había en su persona algo que atraía y cautivaba poderosamente la atención, debido tal vez á reunirse en él la franqueza animosa y el buen humor con la mirada expresiva y la belleza de facciones y de figura. Todo su aspecto parecía indicar también á uno que entra en la vida sin ningún cuidado por los peligros que la asedian y sin más medios para triunfar de sus rigores que la vivacidad de su espíritu y la resolución de su pecho, prendas todas con que la juventud simpatiza de buen grado, y que le atraen á su vez de la edad madura y de la experiencia un interés afectuoso y compasivo.

El joven cuyo retrato acabamos de hacer había sido visto hacía rato por las dos personas que se paseaban á la orilla opuesta del riachuelo donde estaban situados el parque y el castillo; pero, al verle bajar la escarpada ribera con la ligereza del corzo que corre á la fuente á apagar su sed, el más joven de los dos dijo al otro:

—Ved: es nuestro hombre; es el Gitano! Si intenta pasar el vado, está perdido; el río trae mucha agua y no es vadeable por aquí.

—Dejadle que haga este descubrimiento por sí mismo, compadre—dijo el otro personaje de más edad:—quizás con ello se ahorre una soga y se desmienta un refrán.

—Le reconozco por la gorra azul—dijo el otro—pero no le veo la cara. ¡Escuchad! Ahora vocea para preguntarnos si el agua tiene mucha profundidad.

—Que lo pruebe—repuso el otro;—nada hay tan bueno en el mundo como la experiencia.

El mancebo, en tanto, viendo que no obtenía respuesta y tomando el silencio de los dos desconocidos por un estímulo para seguir adelante, entró en la corriente sin vacilación y sin más retardo que el necesario para quitarse los borceguíes. El más anciano al instante mismo le gritó que anduviera con tiento, y dirigiéndose á su compañero, díjole en voz baja:

—*Mortdieu!* compadre, otra vez os habéis equivocado; no es este el charlatán del gitano.

Mas el aviso llegó tarde; el mancebo ó no lo oyó ó no pudo

aprovecharse de él por hallarse ya en plena corriente. Para otro menos agil y diestro en nadar, la muerte hubiera sido inevitable, pues el torrente era en aquel lugar tan profundo como rápido.

—Por santa Ana! Pues si es un mancebo de todas prendas!—continuó diciendo el viejo.—Andad, compadre, y enmendad el yerro ayudándole cuanto podáis. Es de los vuestros. Si no mienten los antiguos refranes, no se ahogará en poca agua.

En verdad, el joven viajero nadaba con tal fuerza y azotaba las oleadas con tal destreza, que á pesar de la impetuosidad de la corriente, esta no le desvió gran trecho del otro extremo del vado.

Á la sazón el más joven de los dos desconocidos se apresuraba á bajar á la orilla para prestarle auxilio, mientras que el otro le seguía á paso lento, diciendo para sí mientras iba acercandose:

—Ya sabía yo que el agua no iba á ahogar á este joven Por mi santiguada, ya ha tomado tierra y empuña el venablo. Si no me doy prisa, va á zurrar á mi compadre por la única acción caritativa que ha hecho, ó que ha pretendido hacer, en toda su vida.

Razón había para esperar tal desenlace, pues el buen escocés increpaba ya al joven samaritano, que corría á ayudarle, con estas irritadas palabras:

—Perro sin crianza! ¿por qué no me has respondido cuando te he preguntado si el río era vadeable por aquí? Que el diablo me lleve si no te enseño de hoy en adelante á guardar mejor el respeto debido á un extranjero.

Estas palabras fueron acompañadas de un significativo movimiento de palo llamado *molinete*, porque el que lo esgrime cogiéndolo por el medio, lo blande en todas direcciones como las aspas de un molino de viento. Su adversario, viéndose amenazado de tal suerte, echó mano á la espada, pues era de aquellos que en toda ocasión se sienten más dispuestos á obrar que á discutir; pero habiendo llegado ya en esto su compañero, éste, más juicioso le mandó reportarse, y encarándose luégo con el mancebo le acusó á su vez de precipitación al arrojarse al agua á pesar de verla tan turbulenta, así como de irritarse injustamente moviendo querella á un hombre que corría presuroso á prestarle auxilio.

Al oir tales reproches de boca de un anciano de venerable aspecto, el joven depuso inmediatamente el arma y dijo que sentiría acusarles injustamente, mas que en realidad le parecía que le habían dejado exponer la vida por no avisarle á tiempo, lo cual no sería propio de hombres honrados ni de buenos cristianos, cuanto menos de menestrales respetables como parecían ser.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Hijo mío—dijo el más viejo—por el acento y el aspecto se te conoce que eres extranjero; y podías pensar que tu pronunciación no es tan inteligible para nosotros como quizás te parezca á ti por clara que la tengas.

—Bueno, padre—respondió el mancebo—poco me importa el baño que he tomado y pronto estoy á perdonaros la parte de culpa que en ello hayáis tenido si me indicáis algún sitio donde pueda hacerme secar la ropa, pues este es el único vestido que tengo, y quisiera conservarlo en el mejor estado posible.

—¿Por quién nos tomas, hijo mío?—dijo el forastero de más edad en contestación á esta pregunta.

—Por honrados menestrales, sin duda alguna—dijo el mancebo;—ó mejor, callad: vos, señor, debéis ser traficante en dinero ó comerciante en granos y vuestro compañero parece carnicero ó ganadero.

—Has acertado maravillosamente nuestro oficio—dijo el viejo sonriendo.—Mi negocio consiste ciertamente en traficar en dinero tanto como puedo y el oficio de mi compadre tiene algo que ver con el de carnicero. En cuanto á ti, prontos estamos á servirte, mas antes quisiera saber quién eres y á dónde vas, pues en los tiempos que corremos, los caminos están llenos de viajeros á pié y á caballo, que lo que tienen más lejos de su corazón es la honradez y el temor de Dios.

El joven volvió á dirigir una mirada aguda y penetrante á su interlocutor y á su mudo compañero, como para cerciorarse de si ambos merecían la confianza que solicitaban; y el resultado de su observación fué el siguiente:

El más anciano y el de más viso de ambos desconocidos, así por el traje como por el porte, tenía apariencia de comerciante ó tendero de aquella época. Llevaba coleto, sombrero y capa todo del mismo color oscuro y del mismo paño, pero tan raído que el malicioso escocés dedujo que su dueño debía ser ó muy rico ó muy pobre, probablemente lo primero. Su traje era ceñido y corto, moda que no se reputaba entonces muy decorosa entre los nobles, ni aun siquiera entre los ciudadanos de distinción, quienes por lo común usaban hopalandas holgadas que les bajaban hasta más de media pierna.

La expresión del rostro de este hombre era á la vez atractiva y antipática. Sus facciones acentuadas, sus mejillas hundidas y sus ojos huecos respiraban no obstante una malicia y buen humor que congeniaban con el carácter del joven aventurero. Pero al propio tiempo sus densas y negras cejas daban á esos mismos ojos hundidos una expresión que tenía en sí algo de imponente y siniestro á la vez. Quizás aumentaba el efecto que producían el sombrerito bajo de pieles, muy aplacado sobre la frente, que hacía más densa la sombra en la cual aquellos se movían; mas lo cierto es que el joven extranjero se vió en apuros para conciliar las miradas del anciano con la humildad que en todo lo demás traslucía su aspecto.

Su sombrero especialmente, en el cual toda persona de posición solía lucir una hebilla de oro ú plata, iba adornado con una vil medalla de plomo representando la Virgen, igual á las que traían de Loreto los peregrinos de más humilde condición.

Su compañero era un hombre fornido de mediana estatura y unos diez años más joven. Miraba de reojo y se sonreía siniestramente, cuando por casualidad lo hacía, lo que acontecía tan sólo en contestación á ciertas señales secretas que se cruzaban entre él y el otro forastero. Iba el tal armado de espada y daga, y debajo de su sencilla túnica observó el escocés que ocultaba un *jazeran*, ó cota de malla flexible como las que usaban á menudo en aquella época peligrosa aquellos que aunque de profesión pacífica tenían frecuente necesidad de salir fuera ciudad, lo que confirmó al joven en sus conjeturas de que su dueño debía ser de oficio carnicero ó ganadero ó cualquier otro parecido, que exigiera correr mucho por el campo.

El joven escocés hízose cargo de una ojeada de las observaciones cuya explicación nos ha exigido á nosotros bastante tiempo, y al cabo de un momento respondió haciendo un ligero saludo:

—No sé á quién tengo el honor de dirigirme; pero poco me importa que se sepa que soy un segundón de Escocia que vengo á buscar fortuna en Francia ó en cualquiera otra parte, según costumbre de mi país.

—¡*Pasques-dieu!* y es una costumbre muy buena—dijo el más viejo de los dos desconocidos.—Pareces un mocetón de buena traza y de la mejor edad para prosperar así con los hombres como con las mujeres. Vamos á ver: soy comerciante y necesito un joven que me auxilie en mi negocio; ¿te convendría este empleo? Pero ya lo veo: eres demasiado noble para ayudar en faena tan mecánica.

—Señor mío—dijo el mancebo—si ese ofrecimiento es formal, de lo que tengo mis dudas, os debo dar gracias y os las doy en efecto; mas temo en efecto que no os sería de ninguna utilidad mi ayuda.

—¡Cómo!—dijo el viejo.—Apuesto á que entiendes más en tirar el arco que en extender una letra de cambio y á que sabes manejar el sable mejor que la pluma, ¿no es verdad?

—Soy montañés, señor—respondió el joven—y por lo tanto, como decimos nosotros, arquero. Pero he estado en un convento y los buenos padres me han enseñado á leer y á escribir y hasta de cuentas.

—¡*Pasques-dieu!* ¡soberbio!—dijo el comerciante.—Por nuestra Señora de Embrun, mozo, que eres un prodigio.

—Reíos cuanto os dé la gana, señor mío; en cuanto á mí—dijo el joven, á quien la jovialidad de su desconocido interlocutor hacía muy poca gracia—voy á secarme; no estoy para quedarme ahí parado chorreando agua y respondiendo á vuestras preguntas.

El comerciante por toda contestación rióse con más fuerza y replicó:

—¡*Pasques-dieu!* el proverbio no falla: *fier comme un Ecossois*; mas ven acá, buena pieza; eres de una tierra que estimo en mucho por haber hecho algún negocio con escoceses en otro tiempo: son muy buena gente aunque pobres. Si quieres venir con nosotros al lugar, te ofrezco una buena copa de vino y un almuerzo caliente para resarcirte de la mojadura. Mas, *tête bleau*, ¿á dónde vas con un guante de caza en la mano? No sabes que no se permite cazar con halcón en un coto real?

—Sí, bastante que lo sé—respondió el mancebo.—Un pícaro guarda-bosque del duque de Borgoña me lo enseñó. Apenas acababa de lanzar el halcón que había traído de Escocia y con el cual contaba para hacerme ver un poco, contra una garza cerca de Perona, cuando el condenado me lo mató de un saetazo.

—¿Y qué hiciste tú?—dijo el comerciante.

—¿Qué hice?—respondió el joven blandiendo su bastón—hartarle de palos cuanto puede resistir un cristiano, pues no tenía empeño en cobrarme en sangre.

—¿Sabes—dijo el menestral—que si hubieras caído en manos del duque de Borgoña, te hubiera hecho colgar bonitamente de un árbol?

—Sí; me han dicho que tiene tanta afición á este juego como el mismo rey de Francia. Pero como esto ocurrió cerca de Perona, salté al otro lado de la frontera y me reí de él. Si no hubiera sido un príncipe tan arrebatado, quizás me hubiera alistado bajo sus órdenes.

—Mucha falta podrá hacerle un paladín como tú, si se

rompe la tregua—dijo el comerciante lanzando una mirada á su compañero, á la que contestó éste con una de esas rastreras y bajas sonrisas, que iluminaban pasajeramente su rostro, como ilumina un meteoro errante un cielo de invierno.

El joven escocés se detuvo de pronto, y calándose el sombrero hasta la ceja derecha, como quien no está dispuesto á aguantar bromas, dijo con firmeza:

—Señores míos y especialmente vos, señor, que por ser más viejo deberíais ser también más juicioso, os prevengo que conmigo no váis á divertiros de balde ni impunemente. El tono de vuestra conversación me hace poquísima gracia. Sé aguantar una broma como el primero, recibir una reprensión de una persona de más edad que yo y hasta darle las gracias si conozco que es merecida; pero no me gusta que me traten como un chiquillo, cuando Dios sabe que me siento bastante hombre para habérmelas con ambos, si lleváis demasiado lejos vuestras provocaciones.

El viejo al oir estas palabras pareció que iba á desternillarse de risa, al paso que su compañero hizo por segunda vez ademán de echar mano á la espada; observándolo empero el mozo, asestóle tal golpe al puño que se lo inhabilitó por completo, aumentándose con ello la jovialidad del otro.

—Alto ahí, alto ahí—exclamó sin embargo—intrépido escocés, por vida de tu patria querida; y vos, compadre, basta de miradas amenazadoras. ¡*Pasques-dieu!* tengamos la fiesta en paz y no nos ocupemos más de un golpe dado con tanta gracia y destreza. Y tú, amiguito, cuidado con ello—prosiguió dirigiéndose al joven con una firmeza y gravedad que á pesar suyo le impusieron respeto y temor;—basta de violencias. No te estaría bien emplearla contra mí, y en cuanto á mi compadre ya ves que tiene bastante con la muestra. Díme tu nombre.

—Siempre que se me haga una pregunta con atención, sé responder á ella atentamente—dijo el mancebo—y mostraré el respeto debido á las canas que peináis mientras no me saquéis de quicio con vuestras pullas. Aquí en Francia y en Flandes, han dado en llamarme el Paje del Bolsón de Terciopelo, á causa de esta bolsa de halcón que llevo al lado, pero mi verdadero nombre en mi tierra, es Quintín Durward.

—¡Durward!—exclamó el interpelante—¿es noble este apellido?

—Por línea recta de quince generaciones—dijo el joven—y por esto me repugna tomar otra carrera que no sea la de las armas.

—¡Escocés de pura raza! Mucha sangre, mucho orgullo, pero de fijo pocos, poquísimos ducados. Ea, compadre—dijo volviéndose á su compañero—adelantaos y encargad que nos preparen almuerzo allá en el Moreral, pues este mozo le hará tanto honor sin duda como un ratoncillo hambriento á un queso de despensa. Y en cuanto al gitano, escucha.

Su camarada, por toda respuesta á las palabras que el otro le dijo al oído, sonrió en señal de inteligencia y echó á andar á buen paso. En tanto el viejo continuó dirigiendo la palabra al jóven Durward en estos términos:

—Tú y yo seguiremos ahora poco á poco nuestro camino en buena compañía y podremos oir misa en la capilla de San Huberto, que encontraremos al paso por el bosque, pues no sería bien pensar en las necesidades corporales antes que en las espirituales.

Durward, como buen católico, nada tuvo que objetar á esta proposición, aunque probablemente hubiese deseado antes que todo irse á secar la ropa y tomar un refrigerio. En tanto, no tardaron en perder de vista á su malcarado compañero; mas siguiendo la misma senda que él, se encontraron pronto en mitad de un bosque de corpulentos árboles, entremezclados de matorrales y arbustos y cortado por largas avenidas, á través de las cuales, como á través de un panorama, veíanse pasar á manadas los gamos con una seguridad que daba clara muestra de que se consideraban en aquel parque protegidos de toda agresión.

—Há poco me preguntabais si era buen tirador—dijo el joven escocés.—Dadme un arco y un par de flechas y en un santiamén pongo en vuestras manos una pieza de caza.

—¡*Pasques-dieu!* amiguito—dijo su compañero—cuidado con ello; mi compadre tiene ojos de lince para los gamos, están á su cuidado y es un guardián severo.

—Más cara tiene de carnicero que de festivo guarda-bosque—respondió Durward.—Se me atraganta creer que aquella cara patibularia pertenezca á nadie que conozca las gentiles reglas de montería.

—Cierto, mi joven amigo—respondió su compañero—que mi

compadre á primera vista tiene cierto aire que predispone poco á favor suyo, mas los que una vez le han tratado dícese que en nada han tenido por qué quejarse de él.

Quintín Durward halló en estas últimas palabras algo singular y desagradablemente significativo, y mirando súbitamente á su interlocutor, creyó ver en su fisonomía, en la ligera sonrisa que plegó su labio superior y en el imperceptible pestañeo de sus ojos negros y expresivos, algo que justificaba su desagradable sorpresa.

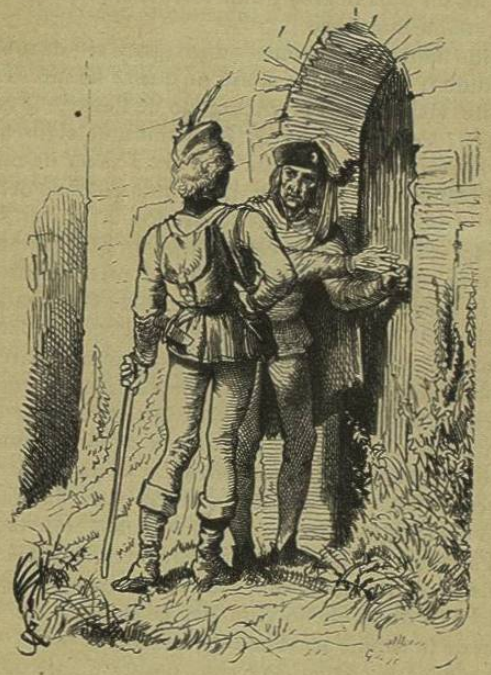
—He oído hablar de ladrones—díjose para sí—de malhechores y bandidos; ¿quién sabe si ese tío que se ha ido es un asesino y este viejo pícaro el encargado de llevarle la carne al degolladero? Voy á estar ojo avizor y fuera de algun buen puñetazo á la escocesa, no sé qué más van á sacar de mí.

Estando en estas reflexiones, llegaron á un claro del bosque en que los árboles estaban más separados. El terreno despojado de espinos y zarzales veíase alfombrado de menuda y blanda yerba, que protegida de los ardientes rayos del sol, crecía más verde y hermosa de lo que suele verse en Francia. Los árboles que había en este sitio retirado, eran principalmente hayas y olmos gigantescos que se levantaban en alto como gruesas montañas de hojas. Entre estos magníficos hijos de la tierra, asomaba en el sitio más descubierto de la enramada una modesta capilla junto á la cual murmuraba un riachuelo. Su arquitectura era sencilla y hasta grosera, viéndose cerca de ella una pequeña cabaña para habitación del ermitaño ó sacerdote que moraba en aquella soledad consagrado al servicio del altar. En un pequeño nicho abierto sobre el arco de la puerta había una estatua de San Huberto, con el cuerno de caza al cuello y un par de galgos á sus piés. La situación de la capilla en mitad de un parque ó coto tan bien provisto de caza, había sugerido naturalmente la idea de dedicarla al Santo patrón de los cazadores. (1)

Hacia este recogido santuario encaminó los pasos el viejo seguido del joven Durward; y al acercarse apareció el sacerdote revestido de los ornamentos sagrados en la entrada de su celda, dispuesto á celebrar sin duda en la capilla el santo

(1) V. Nota A. *San Huberto.*

sacrificio. Inclinóse Durward reverentemente ante el sacerdote, como lo exigía el respeto debido á su sagrado ministerio; mas su compañero, demostrando todavía más profunda devoción, hincó una rodilla en tierra para recibir la bendición del santo varón y le siguió luégo á la capilla, á paso lento y con apariencia de la más sentida contrición y sincera humildad.



El interior de la capilla estaba adornado de modo que recordara las ocupaciones de su santo patrón cuando estaba en la tierra. Las más ricas pieles de cuantos animales se cazan en el mundo servían de tapices y colgaduras en torno del altar y demás sitios de la capilla; las paredes estaban cubiertas de cornamentas, arcos, aljabas y otros emblemas venatorios, mezclados con cabezas de ciervo, de lobo y de otros animales

de montería. Todos estos adornos revestían un carácter apropiado y selvático; y hasta la misa correspondiendo á él fué muy corta y de las que se llamaban *misas de caza*, por celebrarse ante los nobles y grandes señores, quienes la oían generalmente con impaciencia, antes de entregarse á los placeres de su diversión favorita.

Con todo, durante esta breve ceremonia, el compañero de Durward estuvo al parecer con la más rígida y escrupulosa atención, al par que el joven escocés no de mucho tan entregado á los pensamientos religiosos, no pudo menos de reprocharse interiormente haber concebido sospechas de sujeto tan bueno y tan humilde. Lejos pues ya de tenerle por compañero y cómplice de ladrones, tentado estaba de tomarle por santo.

Acabada que fué la misa, salieron juntos de la capilla, y el más viejo dijo al mozo:

—Corto es el trecho que hay de aquí al pueblo; ahora podrás desayunarte con la conciencia tranquila: sígueme.

Torciendo á la derecha hizo seguir á su compañero una senda que subía suavemente, recomendándole al propio tiempo que por ningún estilo se desviara del camino trillado; antes por el contrario que procurara cuanto le fuera dable mantenerse en el centro de él. Durward no pudo menos de preguntarle la causa de tamaña precaución.

—Es que nos vamos acercando á la corte, joven—respondió el guía—y *Pasques-dieu*, va alguna diferencia de pasear por esta comarca ó por tus montañas pobladas de brezos. No hay un solo palmo de este terreno, excepto la senda qne ahora seguimos, que no se haya hecho peligroso y casi impracticable por medio de cepos y trampas, armadas de hoces, que siegan con tanta limpieza los miembros del descuidado caminante como la podadera de que se sirve el jardinero para desmochar las ramas nocivas. Puntas de hierro te atravesarán los piés y hay zanjas bastante hondas para enterrarte en ellas para siempre; pues nos encontramos ya dentro del recinto de la residencia real y no tardaremos en ver la fachada del castillo.

—Si fuera rey de Francia—dijo el joven—no me ocuparía tanto de trampas y cepos, antes bien procuraría gobernar con tal acierto que no hubiera quien se atreviera á acercarse á mi

habitación con intento dañoso, y en cuanto á los que vinieran de paz y buena voluntad, cuantos más fueran más alegres todos.

Su compañero lanzó con aparente sobresalto una mirada á su alrededor y dijo:—Callad por Dios, callad, señor paje del Bolsón de terciopelo, pues se me olvidó deciros que lo más peligroso de este recinto consiste en que cada hoja de estos árboles es una oreja que traslada cuanto oye al propio gabinete del rey.

—Poco me importa eso—respondió Quintín Durward—mi lengua de escocés es bastante atrevida para decir cuanto piensa á la faz del rey Luís—bendígale Dios—y en cuanto á las orejas que decís, si las viera en cabeza humana, pronto daría razón de ellas mi cuchillo de monte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III.

El Castillo.

Alzábase en medio potente castillo:
defiende la entrada un férreo rastrillo;
fortísimos muros, altivas almenas
y fosos profundos circúyenle; apenas
murmura á sus piés un pérfido río,
y al cielo un torreón se eleva sombrío.

Anónimo.

En este punto de la conversación Durward y su nuevo conocido llegaron á un sitio desde el cual la fachada entera del Castillo de Plessis-les-Tours se presentó ante sus ojos. Hasta en aquellos medrosos tiempos en que los grandes se veían obligados á residir en fortalezas bien defendidas, distinguíase esta por las extremadas y minuciosas precauciones que se habían tomado para su guarda y defensa.

Desde el lindero del bosque en que el jóven Durward y su compañero se detuvieron para contemplar la residencia real, se extendía ó por mejor decir se elevaba, aunque en pendiente muy suave, una explanada descubierta, despojada de árboles y matorrales de toda especie, á excepción de una encina gigantesca medio carcomida por los años. Este espacio se había dejado abierto conforme á las reglas de fortificación de todas las épocas, con el fin de que el enemigo no pudiera acercarse á las murallas sino á pecho descubierto y sin poderse ocultar á la vista de la guarnición. Al otro extremo se levantaba el castillo.

Tres recintos exteriores le rodeaban, almenados todos y guarnecidos de torreones de trecho en trecho y en los ángulos.